

plomaban enormes aludes desprendidas con los rayos del sol desde las cumbres de las montañas; ya se fijó la imaginación en aquellos intrépidos generales y aquellos valientes soldados trepando y descendiendo por despeñaderos por espacio de leguas y días, cargados de víveres y municiones, llevando unos de las bridas los caballos, otros las acémilas, sobre las cuales se habían cargado las cajas y cureñas de los cañones, todos cantando en medio de tan horribles peligros, llenos de fe y de confianza en el primer cónsul, ansiosos de la gloria que los esperaba en aquella Italia donde tantos lauros había ganado en otro tiempo Bonaparte....

Por último, superadas por el arrojo de las tropas tan inauditas dificultades, se encuentra el ejército francés con toda su artillería en el valle de Aosta, del otro lado de la gran cordillera; síguese entonces Bonaparte: moderno Aníbal, ha vencido en el paso de los Alpes obstáculos que tal vez habrían arredrado y detenido al guerrero cartaginés (1): tropiezan los franceses con el formidable fuerte de Bard vomitando mortífero fuego sobre la estrecha senda que puede servir de único paso á las tropas: nuevos esfuerzos y prodigios de valor: otra vez es transportada la artillería á brazo por entre riscos y despeñaderos: desplégase el ejército francés en las llanuras del Piamonte antes que los austriacos se aperciban de su existencia: Bonaparte avanza á Lombardia y se sitúa en Milan (2 de junio, 1800), donde aguarda las tropas que ha llamado de Alemania, en tanto que Lannes se apodera de Pavía. Sorprende y desconcierta esta aparición al anciano Melas, que ve convertido en ejército conquistador lo que hasta entonces había estado creyendo y despreciando como un miserable peloton de conscriptos. Pero entre tanto el ejército francés de Liguria era sacrificado. El gran Massena encerrado en Génova, sufriendo todos los horrores del hambre mas espantosa, hasta verse muertos de inanición por las calles hombres, mujeres, oficiales y soldados, llevaba el heroísmo de la constancia y de la imposibilidad hasta donde ha podido llevarle otro algún guerrero en el mundo. Una capitulación honrosa (4 de junio de 1800) fué el premio de tan admirable perseverancia (2).

Ganada Génova, se reconcentran los austriacos en el Piamonte. Bonaparte pasa algunos días observando sus movimientos, reuniendo su ejército, dando algún descanso á sus tropas, y meditando cómo envolver á Melas. Encuéntrese al fin austriacos y franceses en las llanuras de la aldea de Marengo, donde se da la famosa batalla de este nombre, perdida primero y ganada despues por los franceses (14 de junio, 1800), batalla cruel y sangrientamente disputada, y cuya obstinación correspondió á la inmensa influencia que había de ejercer en los destinos de la Francia, y aun del mundo (3). Muy pronto

(1) Bonaparte subió el monte de San Bernardo montado en un mulo con el gaban gris que llevaba siempre, guiado por un montañés, con quien conversaba de cuando en cuando, así como con los oficiales, que aun encontraba diseminados por aquellas breñas.

(2) Por muchas circunstancias se ha hecho memorable aquel sitio, además de las horrosas escenas á que dió lugar la extremidad del hambre. Componiéndose el ejército sitiado de quince mil hombres, había destruido mas de diez y ocho mil austriacos. Pero durante el sitio, de los quince mil combatientes murieron tres mil, y otros cuatro mil fueron gravemente heridos. Sout, despues de haber recibido un balazo en una pierna, quedó prisionero. De los tres generales de division, uno fué herido gravemente, y otro murió de epidemia. De los seis generales de brigada, cuatro salieron heridos. De doce ayudantes generales, hubo seis heridos, un muerto y un prisionero: y de diez y siete coroneles quedaron once fuera de combate. Massena se vió reducido á comer como los soldados la ración de dos onzas del horrible pan de avena y habas: «antes de rendirse, decían los soldados, nos dará á comer sus mismas botas.» Aquellos hacían las guardias sentados, por no poder ya sostenerse en pie.

En la capitulación consiguió salir con armas y bagajes y banderas desplegadas, y con facultad de volver á pelear cuando hubiera pasado la línea de los sitiadores, y fué á reunirse con Suchet.

(3) Dícese que al ver Bonaparte perdida la primera batalla, escribió á su mujer diciendo: *Por la primera vez de mi vida mando tropas cobardes*. No tardó en ver que por aquella vez se había equivocado.—Además de lo que en aquel triunfo se debió á su extraordinario talento, prevision y serenidad, y á sus profundas combinaciones, contribuyeron á él eficazmente, Massena deteniendo una gran parte del ejército austriaco en su gloriosa defensa de Génova; Dessaix acudiendo espontáneamente de Egipto y pereciendo en el combate para dar á costa de su vida la victo-

ria; Lannes, el que iba siempre á la vanguardia, con su admirable firmeza en la llanura de Marengo, y Kellerman con una brillante carga de caballería. Cuando á Bonaparte le dijo su secretario: *¡Qué magnífica jornada!* contestó el primer cónsul: *Si, muy magnífica, si hubiera podido abrazar á Dessaix en el campo de batalla! Iba á nombrarle ministro de la Guerra, y aun le habría hecho príncipe, si hubiera estado en mi mano.*

(4) «En medio del campo de batalla (decía en la carta al emperador), oyendo las agonías de multitud de heridos, y rodeado de quince mil cadáveres, suplico á V. M. que escuche la voz de la humanidad, y no permita que se degüellen dos naciones valientes por intereses á que son ajenas. A mí me corresponde instar á V. M. porque me hallo mas cerca del teatro de la guerra. Vuestro corazón no puede estar tan afligido como el mio...»

se empezaron á sentir sus resultados. El valeroso y anciano general de los austriacos, aturrido con el éxito inopinado de la pelea, se apresura á entablar negociaciones con el primer cónsul francés; Bonaparte dicta las condiciones, Melas accede á todas ellas, y se firma en Alejandría (15 de mayo, 1800) el célebre armisticio y convenio, por el que se estipula la retirada de los austriacos detrás del Mincio, y la cesión á los franceses de las ciudadelas y castillos de Tortona, Alejandría, Milan, Turin, Arona, Plasencia, Ceva y Savona, con las plazas de Coni, Génova y Urbino, y con la artillería de las fundiciones italianas, es decir, la restitución de la alta Italia, que había de traer consigo la de la Italia entera: convenio que indignó al ejército austriaco, asustó á la corte de Viena, asombró á Europa, y difundió una alegría frenética en la Francia. Bonaparte escribió desde el campo de batalla una larga carta al emperador, haciéndole reflexiones y convidándole todavía con la paz, y despachó un correo á los cónsules dándoles cuenta de aquel paso (4).

Tres dias despues de la batalla regresa á Milan, donde le aguarda y recibe un pueblo loco de júbilo, sembrando de flores las calles por donde había de pasar y arrojándolas sobre su carruaje. Detiéndose allí los dias precisos para establecer un gobierno provisional, en tanto que se reorganiza la república Cisalpina: atiende á los asuntos generales de la Italia; confía á Massena, que acababa de incorporarse, el mando del ejército, premio merecido de su heroico comportamiento en Génova, y dadas otras disposiciones, propias de su prevision, sale de Milan (24 de junio), se detiene algunas horas en Turin, atraviesa el Monte Cenis, entra en Lyon por debajo de arcos triunfales, y llega á Paris la noche del 2 al 3 de julio (1800). La ciudad se ilumina; el pueblo se atropella por verle y aclamarle: Senado, Cuerpo legislativo, Tribunal, Consejo, autoridades militares y civiles, corporaciones científicas, todos se presentan á la mañana siguiente á cumplimentar y felicitar al vencedor de Marengo, al salvador de la Francia, y todos le hablan con aquel lenguaje que en otro tiempo hubieran usado con los reyes. Y como á esta sazón llegasen á Paris noticias de los triunfos de Moreau en el Danubio, de la conquista de toda la Baviera hasta el Inn, y del armisticio de Alemania, celebróse con extraordinario regocijo en el cuartel de los Inválidos la fiesta del 14 de julio, una de las dos fiestas nacionales que había conservado la nueva Constitución, depositándose en aquel templo las banderas recién ganadas en Italia. La Francia rebosaba de júbilo.

El ministro austriaco Thugut escribió á Talleyrand (11 de agosto, 1800), proponiendo en nombre del emperador al primer cónsul la apertura inmediata de un congreso, al cual estaba también la Inglaterra dispuesta á enviar un plenipotenciario, para ver de volver la paz al mundo. Trabajo costó á Talleyrand templar el enojo que causó á Bonaparte esta nueva proposición del Austria. Prudente, sin embargo, y político el primer cónsul, accedió á la reunion de un congreso en Luneville, mas no sin negociar con Inglaterra un armisticio naval, que á él le era muy ventajoso; y para obligar al Austria ó á pedir ella misma este armisticio ó á hacer por sí sola la paz antes del invierno, la amenazó con mandar á sus ejércitos del Rhin y del Danubio romper de nuevo las hostilidades. El resultado de esta actitud del primer cónsul fué arrancar del Austria la entrega de las plazas de Philipsburgo, Ulm é Ingolstadt al ejército francés, como condicion para la próroga del armisticio continental; noticia que llegó á Paris

ria; Lannes, el que iba siempre á la vanguardia, con su admirable firmeza en la llanura de Marengo, y Kellerman con una brillante carga de caballería. Cuando á Bonaparte le dijo su secretario: *¡Qué magnífica jornada!* contestó el primer cónsul: *Si, muy magnífica, si hubiera podido abrazar á Dessaix en el campo de batalla! Iba á nombrarle ministro de la Guerra, y aun le habría hecho príncipe, si hubiera estado en mi mano.*

(4) «En medio del campo de batalla (decía en la carta al emperador), oyendo las agonías de multitud de heridos, y rodeado de quince mil cadáveres, suplico á V. M. que escuche la voz de la humanidad, y no permita que se degüellen dos naciones valientes por intereses á que son ajenas. A mí me corresponde instar á V. M. porque me hallo mas cerca del teatro de la guerra. Vuestro corazón no puede estar tan afligido como el mio...»

en ocasion de estarse celebrando la segunda fiesta nacional de las dos que había dejado la nueva Constitución (23 de setiembre, 1800).

Veamos ya la hábil política del hombre de genio y de fortuna de la Francia para con todas las potencias, contrarias, amigas y neutrales, y el papel que en el tráfigo de sus planes y manejos con todas las naciones le cupo desempeñar á España.

Conocedor del carácter impetuoso y apasionado, al propio tiempo que veleidoso, del joven emperador Pablo I de Rusia, y explotando con atinado cálculo su resentimiento con el gabinete de Viena desde la confederación y campaña austro-rusa, empleó para atraerle un medio ingenioso, propio para conmover los sentimientos caballerescos de aquel príncipe. Había en Francia seis ó siete mil prisioneros rusos, y Rusia no tenía ningun prisionero francés. Bonaparte determinó restituírseles todos, no solo sin condicion alguna, sino con todos sus oficiales, armas y banderas, y uniformándolos con los colores de su nacion, diciéndole, que pues la Inglaterra y el Austria no canjeaban por prisioneros franceses los valientes soldados de Rusia aprisionados por servir á su causa, él se los devolvía sin condicion como un testimonio de aprecio al ejército ruso. Al mismo tiempo le hizo cesion de la isla de Malta bloqueada por los ingleses, para que pudiera restablecer aquella institución religiosa y caballeresca, de que se había declarado Gran Maestre y restaurador. No era posible herir en cuerda mas viva el corazón de Pablo I. Entusiasmado con aquel rasgo de generosidad del primer cónsul, á quien ya admiraba, de iniciador y protagonista que había sido de la segunda confederación contra la Francia, cambióse en el mas entusiasta amigo de Bonaparte, en enemigo furioso de Austria y de Inglaterra, y en mediador activo para con los príncipes que eran sus aliados (1).

La fortuna y el genio se ayudaron mutuamente en el plan de Bonaparte de convertir las potencias neutrales del Norte en enemigas de Inglaterra, proporcionándole auxiliares en el elemento en que esta nacion era mas fuerte. Violencias cometidas en los mares por los ingleses con buques de bandera neutral, su pretexto del derecho de visita, y perjuicios irrogados con este motivo al comercio general de América y de Europa, todo por impedir el que se hacia con Francia y España, y mas principalmente el de España con sus colonias del Nuevo Mundo, produjeron quejas y reclamaciones de las potencias perjudicadas y ofendidas, las cuales sostenian, por el principio de que *el pabellon cubre la mercancía*, su derecho de navegar y comerciar libremente y de arribar hasta á los puertos de las naciones beligerantes, á excepcion de los que estuvieran realmente bloqueados, y á condicion tambien de no trasportar útiles y efectos de guerra. Esta cuestion, junto con algunos actos de piratería, y señaladamente uno cometido por los ingleses forzando al capitán de una galeota sueca á ayudarles á apresar con ella dos fragatas españolas ancladas en la rada de Barcelona, produjo gran indignación, no solo en Suecia, sino en todas las potencias del Norte, algunas de las cuales habían sufrido ya ultrajes del mismo género. Agrióse la disputa y se irritaron mas los gabinetes de Dinamarca, Suecia, Prusia y Rusia con la aparición de una escuadra inglesa en el Báltico. Aquellas cuatro potencias, firmantes del tratado de la neutralidad armada de 1780, creyeron llegado el caso de preparar otra nueva liga contra la tiranía marítima de los ingleses. Y como esto fuese en ocasion que el czar de Rusia se hallaba hábilmente prevenido por Bonaparte contra Inglaterra, no hizo menos que expedir un decreto mandando secuestrar los capitales pertenecientes á ingleses, hasta tanto que las intenciones del gobierno británico fuesen bien conocidas. Aunque la cuestion se aplazó por algun tiempo, los ánimos de

(1) Dicen algunos que además de estos nobles y políticos medios empleados por Bonaparte para granjearse la amistad del autócrata, puso en juego otros de muy diversa índole, cual fué el de ganar á los dos ministros que tenían con él mas valimiento, por conducto ó influjo de dos damas francesas, una de ellas la actriz madama Chevalier, que supieron halagar las inclinaciones ó las pasiones de cada uno. Es posible que así fuese, aun cuando de esto nada dicen historiadores graves.

las cortes del Norte quedaban vivamente resentidos contra Inglaterra, y todo favorecía los designios del primer cónsul de Francia.

En cuanto á España, la aliada mas constante y mas fiel de la república, y aun mas adictos sus reyes desde que vieron concentrada la autoridad en un guerrero ilustre y fortunado en quien columbraban alguna esperanza del restablecimiento de la monarquía, no podía ocultarse al clarísimo talento del primer cónsul cómo había de manejarse con los monarcas, el gobierno y la corte española para hacerlos servir á sus fines, y para conseguir de ellos lo que el Directorio no había podido lograr. Con aquel presente de magníficas armas que dijimos haber enviado al príncipe de la Paz, no solo halagó la vanidad de aquel personaje, que entonces, por confesion propia, seguía, aunque apartado del ministerio, gozando la confianza de sus reyes y siendo consultado en los asuntos graves, sino que excitó en Carlos IV el deseo de adquirir otras armas iguales á las que poseía el valido. Súpolo Bonaparte y se apresuró á enviárselas, juntamente con algunos preciosos y elegantes adornos de que su esposa quiso hacer un presente de dama á la reina María Luisa.

Sabedor además Bonaparte del entrañable y ciego amor de la reina á su hermano el infante de Parma, y á su hija, casada con el heredero del duque reinante, y de su constante afan por proporcionar á aquellos príncipes un engrandecimiento á su pequeño Estado en Italia, afan que solo podía compararse al que en otro tiempo había tenido Isabel Farnesio, meditó sacar partido de aquella pasión para alcanzar lo que ya en el anterior gobierno de la república había sido varias veces objeto de frustradas negociaciones. Al efecto envió á Madrid su leal amigo y camarada el general Berthier. Lenguas se hacia este embajador extraordinario, en las cartas que escribía á Francia, del afectuoso recibimiento que á competencia le habían hecho Carlos IV y María Luisa, de la adhesión que manifestaron á la república y de la gratitud con que decían estar obligados al interés que Bonaparte mostraba por la suerte del infante duque. Queriendo el rey corresponder á tanta fineza, y no ser menos galante y menos espléndido que el primer cónsul, escogió por sí mismo diez y seis de los mejores y mas arrogantes caballos de sus yegüadas, y se los envió á Paris con criados y palafreneros vestidos de ricas libreas (2). Y al propio tiempo encargó al pintor francés David, que entonces gozaba de celebridad, dos retratos del ilustre guerrero, en precio de cuarenta y ocho mil francos, para tener á la vista la imagen de tan generoso aliado y amigo. Bonaparte enseñaba con orgullo los caballos españoles, para que se viese la consideración y amistad con que distinguía al jefe de la república un nieto de Luis XIV, un soberano de la casa de Borbon.

Manifestó, pues, Berthier al ministro Urquijo el objeto de su misión, reducido á ofrecer al infante-duque de Parma un aumento de territorio, que podría ser la Toscana ó las Legaciones romanas, donde viviese de un modo mas conforme á su dignidad, y estableciéndole con título, prerogativas y consideraciones de rey; pidiendo en cambio la retrocesion de la Luisiana á la Francia, diez navios de guerra de la armada española aparejados y artillados para ser tripulados por franceses, y que España obligara á Portugal á hacer la paz con la república y á romper con Inglaterra, enviando, si era menester, un ejército español á aquel reino para forzar á ello á la corte de Lisboa. Inexplicable júbilo embargó á Carlos IV al comunicarle la proposición (3). Propició el ministro Urquijo á aceptar el ofrecimiento y las peticiones del primer cónsul, solo exigió algunas condiciones de seguridad para el establecimiento del infante, y la rebaja á seis de los diez navios que la Francia pedía, pero en cambio, respecto á Portugal, aseguró al embajador estar ya dadas las órdenes para juntar un ejér-

(2) Constan los nombres, pelo, alzada, edad y raza de cada caballo.—El expediente relativo á este asunto se halla en el ministerio de Estado, leg. 52, núm. 2.

(3) «¡Cuál fué la alegría, dice el príncipe de la Paz en sus Memorias, que ví lucir en los ojos de Carlos IV y de su esposa cuando llamado con tres fuegos para comunicarme aquel contento, me pidieron albricias del brillante rasgo por donde comenzaba Bonaparte sus relaciones con España!»—Memorias, part. 11, cap. I.

cito de mas de cincuenta mil hombres, fuerzas suficientes para castigar la terquedad de los portugueses si las negociaciones ya entabladas no bastasen á determinarlos á satisfacer la justa exigencia de las dos naciones aliadas.

Con tales disposiciones no fué difícil á los negociadores ajustar un convenio, que con el título de tratado preliminar y secreto se firmó en San Ildefonso en 1.º de octubre (1800), y cuyos artículos fueron:

1.º La república francesa se obliga á procurar á S. A. R. el señor infante duque de Parma un aumento de territorio en Italia, que haga ascender sus Estados á una poblacion de un millon á un millon y doscientos mil habitantes, con el título de rey, y con todos los derechos, prerogativas y preeminencias correspondientes á la dignidad real, y la república francesa se obliga á obtener á este efecto el consentimiento de S. M. el emperador y rey, y el de los demás Estados interesados, de modo que S. A. el señor infante duque de Parma pueda sin contestacion ser puesto en posesion de dicho territorio cuando se efectúe la paz entre la república francesa y S. M. Imperial.

2.º El aumento de territorio que se debe dar á S. A. R. el señor duque de Parma podrá consistir en la Toscana, en caso que las actuales negociaciones del gobierno francés con S. M. I. le permitan disponer de ella. Podrá consistir igualmente en las tres Legaciones romanas, ó en cualquiera otra provincia continental de Italia que forme un Estado por sí sola.

3.º S. M. C. promete y se obliga por su parte á devolver á la república francesa, seis meses despues de la total ejecucion de las condiciones y estipulaciones arriba dichas, relativas á S. A. R. el señor duque de Parma, la colonia ó provincia de la Luisiana con la misma extension que tiene actualmente bajo el dominio de España, y que tenia cuando la Francia la poseia, y tal cual debe estar segun los tratados pasados sucesivamente entre España y los demás Estados.

4.º S. M. C. dará las órdenes oportunas para que la Luisiana sea ocupada por la Francia al momento en que los Estados que deban formar el aumento de territorio del señor duque de Parma sean entregados á S. A. R. La república francesa podrá diferir la toma de posesion segun le convenga. Cuando esta deba efectuarse, los Estados directa ó indirectamente interesados convendrán en las condiciones ulteriores que puedan exigir los intereses comunes, ó el de los habitantes respectivos.

5.º S. M. C. se obliga á entregar á la república francesa en los puertos europeos de España, un mes despues de la ejecucion de lo estipulado relativamente al señor duque de Parma, seis navios de guerra en buen estado, aspilleros para setenta y cuatro piezas de cañon, armados y equipados y prontos á recibir municiones y provisiones francesas.

6.º No teniendo las estipulaciones del presente tratado ninguna que pueda perjudicar, y debiendo dejar intactos los derechos de cada uno, no es de temer que ninguna potencia se muestre resentida. Sin embargo, si así no sucediese, y los dos Estados se viesen atacados ó amenazados en virtud de su ejecucion, las dos potencias se obligan á hacer causa comun para rechazar la agresion, como tambien para tomar las medidas conciliatorias que sean oportunas para mantener la paz con todos sus vecinos.

7.º Las obligaciones contenidas en el presente tratado no derogan en nada las enunciadas en el tratado de alianza firmado en San Ildefonso el 18 de agosto de 1796. Antes por el contrario unen de nuevo los intereses de las dos potencias, y aseguran la garantía estipulada en el tratado de alianza en todos los casos en que deban ser aplicadas.

8.º Las ratificaciones de los presentes artículos preliminares serán trasmitidas en el término de un mes, ó antes si fuese posible, contando desde el día en que se firme el presente tratado.

Como se ve, nada se dijo en él de Portugal, pero quedaron convenidos en que continuarian los armamentos para obligar al príncipe regente de aquel reino á separarse de la alianza con Inglaterra. Berthier se volvió á Francia satisfecho de su obra, de las simpatías que habia encontrado en el palacio y en la corte de Madrid, de la union que se habia estrechado entre las dos potencias, y de haber devuelto á la Francia una impor-

tante colonia en América cerca de la de Santo Domingo, á cambio de un pequeño territorio que acababa de conquistar en Italia.

Entre tanto las principales fuerzas navales de España se hallaban tiempo hacia estacionadas en Brest en union con la escuadra francesa, con la sola ventaja de tener ocupados cuarenta y dos navios ingleses, pero ocasionando no pocos gastos al tesoro y no escasos perjuicios á los intereses españoles. Sobre el destino que conviniere y debiera darse á las dos escuadras aliadas estaban siempre en desacuerdo el primer cónsul de Francia y el general Mazarredo, jefe de la fuerza naval española. No podian convenir en los planes, porque eran muy diferentes sus designios, y nada conformes sus intereses. Proponia Mazarredo emplearlas en la reconquista de Menorca, y presentaba un plan bien meditado que parecia asegurar el éxito de la empresa. Proponíase Bonaparte servirse de ellas para el socorro de Malta y de Egipto, ó para cualquiera otra grande empresa que interesara á la Francia, y para todo evento le convenia mantenerlas en Brest. Ordenaba expresamente Mazarredo á su segundo Gravina que de ningun modo consintiera en que nuestras naves salieran á expediciones lejanas que pudieran comprometer á nuestra nacion. Esforzábase Bonaparte por vencer la resistencia del rígido y entendido marino español. Exponia Mazarredo al primer cónsul que Brest no era el verdadero punto estratégico para las mismas operaciones que aquel proyectaba, y haciale ver que convenia se situasen en Cádiz, recogiendo los navios del Ferrol, y desde aquel punto podria partir la escuadra francesa al socorro de Malta, adelantándose á los cruceros ingleses; y cuando de no aprobarse su plan amenazaba ir personalmente á Brest, y salir con nuestros quince navios para las costas de España, el primer cónsul le llamaba, le rogaba que se detuviese y procuraba ingeniosamente entretenerle discutiendo proyectos que pudieran halagarle.

Durante estos debates, con insistencia por uno y otro sostenidos, una flota inglesa con diez mil hombres á bordo se apareció en la costa de Galicia, hizo un desembarco en Doniño, é intentó acometer el Ferrol y apoderarse de los navios que allí teniamos. Por fortuna la vigilancia y los esfuerzos combinados de los generales Negrete y Donadío, y del comandante general de la escuadra, Melgarejo, salvaron aquel departamento haciendo reembarrar á los ingleses y retirarse. Pero esta tentativa, el peligro de que pudiera repetirse, y los tratos que ya andaban, y de que hemos hecho mérito, para la guerra de Portugal, movieron á Mazarredo en Paris á insistir con mas empeño y á instar nuevamente á Bonaparte para que se trasladaran á Cádiz las dos armadas, manifestándole en caso contrario su resolucion de volver solo con la suya á España. Conocedor el primer cónsul y apreciador de los conocimientos del marino español, y no queriendo desprenderse de él ni que se separara de su lado, todavía apeló á nuevos recursos para detenerle, exponiéndole, entre otras razones, la sospecha que su salida de Paris daria á los ingleses de haberse turbado la buena armonía entre Francia y España, y lo que esto le perjudicaria en los momentos en que se trataba de la paz con Austria y con Inglaterra.

A este tiempo cayó al fin la isla de Malta en poder de los ingleses despues de un largo y penoso asedio. Entonces no estuvieron lejos de reconocer, así Bonaparte como Talleyrand, el error de no haber seguido los consejos y ejecutado los planes marítimos que mas de una vez les propusiera el acreditado Mazarredo. Y como este volviera á insistir con mas ahinco en su regreso á España, supuso el primer cónsul que tal tenacidad no podia provenir sino de órdenes apremiantes que recibiera de su gobierno, y culpando de ello al ministro Urquijo, hacía el cual no habia tenido nunca simpatías, propúsose influir con nuestros reyes en que fuera separado del ministerio de Estado. No carecia de fundamento el discurso de Bonaparte; pues si bien á Mazarredo le impacientaba ya en demasia la inútil y costosa permanencia de la escuadra española en Brest, por su parte el gabinete de Madrid, cansado tambien de los continuos pretextos con que el primer cónsul le estaba reteniendo indefinidamente con gravísimo perjuicio y peligro de nuestra nacion, ordenó resueltamente y con un

vigor des acostumbrado á Mazarredo que partiese de Paris, y encargándose del mando de la escuadra la condujese inmediatamente á Cádiz. «V. E. puede decir á ese gobierno (le decia entre otras cosas Urquijo), que no puede sufrir ya mas detencion; que el rey su amo no se halla en disposicion de hacer mas gastos en un país extranjero; que los ingleses le amenazan é invaden sus costas; que las tiene sin escuadras en el mayor peligro; que en Portugal se hallan muchos navios con tropas de desembarco, sin que se sepa á dónde ni cómo irán; que la epidemia se ha llevado en Cádiz la tripulacion entera de los buques que allí habia para su defensa provisional; en fin, que aun para el rompimiento con la corte de Lisboa la escuadra nos es precisa, indispensable, si se verifica, y que de todos modos V. E. tiene que venirse. Tal vez pondrán á V. E. nuevos planes, ó esperanzas lisonjeras con que entretenerle; pero V. E. sabrá rechazarlas con modo. En suma, el viaje de V. E. se ha de verificar, viniendo V. E. mismo con la escuadra hasta Cádiz, á no ser que la Inglaterra tratase seriamente de paz al momento de recibir V. E. esta órden, lo que no es probable, y que el embajador lo pudiese sin quedarle duda, y que ambos estuviesen VV. EE. persuadidos de que esta venida podria perjudicarnos. V. E. amontonará las razones de gastos insoportables, de la inutilidad de la permanencia en Brest, de la imposibilidad de sostener allí la escuadra este invierno, y de la urgente necesidad que hay de ella aquí; en fin, cuanto haya que decir para dulcificar esta resolucion, que siempre les ha de ser amarga, á pesar de que por tanto tiempo nos han hecho su víctima.»

Mucho sorprendió, y mucho disgustó á Bonaparte resolucion tan firme y lenguaje tan altivo de parte de un gobierno habitualmente sumiso á los designios de la Francia. En su propósito de derribar al ministro que de aquel modo procedia y hablaba, contando con la adhesion de los reyes y del príncipe de la Paz, de quienes tan afectuosas demostraciones acababa de recibir, y fiando en que el interés de Cárlos IV y María Luisa en la realizacion del convenio relativo al duque de Parma no podia menos de hacerlos dóciles y tenerlos dispuestos á condescender con todo lo que les exigiese ó pidiese, determinó enviar á Madrid un embajador extraordinario y muy especial por sus personales condiciones, cual era su mismo hermano Luciano Bonaparte, ministro de lo Interior en Francia, á quien al propio tiempo le convenia separar de su lado, por disgustos que con él habia tenido, y por los compromisos en que sus opiniones y su conducta le ponian, uno de los cuales estaba muy reciente (1). Para dos objetos dió el primer cónsul á su hermano instrucciones especiales, para procurar la caída del ministro Urquijo, valiéndose para ello de la influencia del príncipe de la Paz con los reyes, y para fomentar y activar la guerra con Portugal.

Urquijo se creia bastante fuerte para poder conjurar el peligro que pudiera amenazarle, y así, por instigacion tambien de Godoy, escribió al embajador español en Francia marqués de Muzquiz (18 de noviembre 1800), encargándole que en nombre de S. M. pidiese una conferencia al primer cónsul y al ministro de Relaciones extranjeras, y les expusiese sus quejas de haber faltado el gobierno francés en esta ocasion á las atenciones que se acostumbra tener con gobiernos amigos en casos semejantes, previéndoles de antemano, así como los temores que le inspiraba la venida de un embajador de tal carácter, y con un secretario (M. Desportes) conocido por sus tendencias y sus antecedentes revolucionarios, asegurando

(1) Habíase publicado un folleto con el título de: *Paralelo entre César, Cromwell, Monck y Bonaparte*, cuyo escrito causó una impresion general y pensosa en la Francia y produjo grande agitacion en los ánimos. El primer cónsul se vió obligado á desaprobar públicamente el folleto porque no se le creyera participe de las ideas y planes que en él parecia atribuirsele, y habiendo preguntado en público al ministro de la Policía M. Fouché cómo dejaba circular escritos semejantes, y cómo no habia encerrado en Vincennes al autor, si sabia quién era, respondió el ministro: «Conozco al autor, pero no me he atrevido á hacer lo que decís, por ser vuestro mismo hermano Luciano.» Al oír esto, dicen, quejose amargamente el primer cónsul de aquel hermano que le habia comprometido mas de una vez, y por consejo del segundo cónsul Cambaceres determinó separarle políticamente dándole la embajada de España.

que S. M. los admitiria por respetos al primer cónsul, y por no dar un escándalo á la Europa, y concluyendo por pedirles que enviaran en su lugar otros dos sujetos, en cuya eleccion S. M. no se mezclaba. Decimos, «por instigacion tambien de Godoy,» lo primero, porque no era propio de las ideas de Urquijo hablar de aquella manera de los revolucionarios franceses; la segunda, y es la razon principal, porque el despacho fué de 18 de noviembre, y el 17 habia escrito Godoy á la reina en carta privada lo siguiente:

«Si Bonaparte obrase con sencillez enviando á su hermano para librarse de él, deberia explicar sus ideas al rey..... si el fin es el solo que dicen, me parece chocante que á la España se le manden las fieras y perturbadores de la tranquilidad, como si fuese un país inculto; las resultas serian fatales, ya por las relaciones de ese hombre, y ya por el fanatismo de cuatro prostitutas y otros iguales bribones que atacan el pudor y la autoridad..... Sin perder tiempo me parece que pudiera despacharse un correo diciendo al embajador que el nombramiento de este sujeto no dejaba de causar novedad en VV. MM., pues no habiendo precedido causa manifiesta, y estando tan de acuerdo S. M. con el gobierno francés, no podia menos de resentirse la sinceridad, ni de quejarse la confianza; que en el sujeto nombrado, además de no reunirse las cualidades que por notoriedad exige su empleo, solo tiene la particular y apreciable de ser hermano del señor cónsul: circunstancia tanto mas nociva cuanto por ella vendria á tener aceptación en muchas casas de Madrid, y á trastornar por este medio la tranquilidad pública; que el rey, no habiendo querido alterar las cosas en Francia mientras duraban las quimeras y partidos, posponiendo tal vez su mejor servicio al particular de la república, no debiera esperar ahora una tal correspondencia: pero que sin embargo de ser persona que no admitirá S. M. con gusto, variará sus ideas en esta parte si fuese el objeto de grave importancia al gobierno, y precediesen las explicaciones que exige la confianza.—Creo es, señora, lo que haria sin mezclarme en mas; la cosa es difícil, pero el daño está conocido fácilmente, y temo que los ingleses nos ganen por allí, temo que las Américas son el objeto de la codicia de las dos rivales, y llegará día en que disputándose la preferencia quieran despojar al propietario; ejército y economia, señora, reduccion de marina y bien organizada, son los puntos esenciales; cúdenlos VV. MM. pues les importa, y conserven sus preciosas vidas, como ruega á Dios su mas leal vasallo.—Manuel.» Y en P. D.—«Tanto me teme Urquijo como los franceses; VV. MM. verán cuál es el resultado de aquellos y de este..... (2).»

Se ve, pues, ejecutar al día siguiente lo que la víspera habia propuesto Godoy confidencialmente á la reina; y Urquijo, acaso no meditando bien las consecuencias de este paso, por prevenir su caída procurando evitar la venida del nuevo embajador, la precipitaba mas. Porque era de suponer el desagrado y aun enojo con que un hombre del temple de Bonaparte recibiria las agrias quejas, y mas las conminaciones del ministro español. Así fué que, dando aviso de ello á su hermano, que se acercaba ya á la frontera de España, precipitó este su venida, y dejando su comitiva en Vitoria presentóse de improviso á caballo y acompañado de un solo criado en el real sitio de San Lorenzo. A poco tiempo de su llegada, Urquijo, exonerado del ministerio interino de Estado, marchaba camino de la ciudadela de Pamplona, punto á que solian ser destinados los ministros caídos. En vano desde el pequeño pueblo de Las Rozas escribió al príncipe de la Paz invocando su proteccion; era tarde para congraciarse con el favorito, que

(2) Carta original de 17 de noviembre de 1801.—Archivo del ministerio de Estado; Correspondencia de Godoy con los reyes.

En consonancia con esta está otra, tambien confidencial, de 4 de diciembre de 1800, en que ya decia acerca del embajador que se anunciaba lo siguiente: «Mal, mal me parece la pintura del nuevo embajador, y mucho peor las equivocaciones en que creo estén VV. MM., pues no viene aborrecido del hermano, y sí con grandes proyectos, que solo se atajarían por medio de negociaciones con las potencias que tratan de paz sin conocimiento de VV. MM. En fin, señora, el francés siempre es francés, y en el día no se guarda palabra cuando las cosas varían, etc.»